

añadido á la obra de sus predecesores, la teología mística, en cambio, tuvo en Francia, en los últimos años del siglo, doctores de los cuales el más ilustre es Gerson, quien escribió algunos pequeños tratados en francés recomendando con una emoción sincera que se comunica al lector, la sabrosa ciencia que no está en los libros, sino que es toda amor: «Y esto pueden conseguirlo gentes sencillas abandonando los cuidados del mundo y conservando su corazón puro y limpio.» La *Ascensión de la Montaña de Contemplación* se realiza por tres grados: la humildad, la caridad y la oración, «la primera en que se languidece de amor, la segunda en que de amor se muere y la tercera en que de amor se vive.» La *Mendicidad espiritual*, titulada también *Secreto parlamento del hombre contemplativo con su alma*, es «una oración á guisa de un pobre que pide su pan de puerta en puerta.» «Llévame de la mano, dice el alma á su ángel guardián, y condúceme por la gran calle del Paraíso, de puerta en puerta, donde pueda yo llorar y gritar: ¡A la pobre! ¡Una limosna por Dios!» En otros tratados vuelven á encontrarse las mismas efusiones; pero Gerson supo evitar y condenar los excesos á que se habían dejado arrastrar los místicos alemanes y flamencos. Se le ha atribuido la *Imitación de Jesucristo*; sin embargo, su amor divino es menos exaltado, menos ardiente, más práctico, más secular que el del ó de los misteriosos autores de ese libro.

La elocuencia religiosa y política halló naturalmente ancho campo en los grandes conflictos que perturbaron la Iglesia y el Estado. Las hermosas «proposiciones» hechas ora en la Universidad, ora en las asambleas del clero y en los concilios, ó delante de los papas y de los reyes por Pedro de Ailli, Gerson, Courtecuisse, Fillastre y Boisratier, eran muy admiradas por los contemporáneos: son muy sabias y patéticas, pero demasiado largas y sobrado recargadas de erudición. Juan Petit, sin embargo, posee imaginación, como hemos visto (1), y los discursos de Guillermo Fillastre sobre el cisma tienen una sinceridad trivial y una sencillez ante las cuales el espíritu se reposa del cansancio producido por la artificiosa elocuencia. Eustaquio de Pavilli y el maestro de los Maturinos, á quienes con tanto gusto oían los parisienses de principios del siglo xv, estaban indudablemente dotados de las mismas cualidades. Pero las «proposiciones» más notables de aquel tiempo fueron las de Gerson, en las cuales los sentimientos más puros y los pensamientos más elevados alternan con las paradojas, con la alegoría, con la erudición y con detalles de extremada familiaridad.

La predicación ordinaria ha dejado muy pocas obras interesantes, fuera de los sermones de Gerson, pronunciados en su mayoría en la iglesia de San Juan de Greve ó en otras parroquias de París. También predicó con frecuencia delante del rey y de su corte, pero esta predicación solemne no era de su agrado. Sin embargo, á

Jean de Meun, edición Pichón, 1845; y el *Arbre des batailles*, edición Nys, 1884. *Le Livre du chevalier de la Tour Landry*, edición Montaigne, 1857. *Le Menager de Paris*, edición Pichón, 1847. OBRAS DE CONSULTA.—Bouret, *Essai sur les sermons français de Gerson*, 1858. Jorga, *Philippe de Mézières*, 1896. Thomassy, *Jean Gerson*, 1843, y *Essai sur les écrits politiques de Christine Pisán*, de 1838.

(1) Véase pág. 560.

decir verdad, sus pláticas ordinarias apenas difieren de esos sermones aparatosos; el lenguaje es en ellos más sencillo, el desarrollo menos preparado, pero los procedimientos son los mismos, con igual abuso de la alegoría idéntico alarde de erudición. De cuando en cuando, en medio de estas extravagancias, surge la oración con una sencillez y un fervor admirables. Las extensas alegorías en que se complacía Gerson daban á veces á sus predicaciones un aire dramático, convirtiéndose entonces su sermón en una especie de misterio.

La literatura política, muy abundante é inspirada en Aristóteles, aparece también á veces envuelta en alegorías. La forma preferida fué la del sueño, generalmente dialogado. Hubo sueños de toda clase. El *Sueño del viejo peregrino*, de Felipe de Mézières, escrito en 1389, es una obra confusa y original en la que se encuentra un poco de todo: geografía, historia, anécdotas, una descripción de la pesca del arenque en el mar del Norte, una descripción de un reloj italiano; y en el segundo y tercer «cuarteles» el cuadro vivo de los abusos que se habían introducido en el gobierno y en las costumbres, y por último consejos muy concretos dirigidos al joven Carlos VI.

En el *Sueño del Vergel*, escrito para Carlos en latín y luego traducido al francés y aumentado, el autor, que seguramente lo es también Felipe de Mezières, relata una visión que ha tenido «mientras dormía despierto.» Creyóse transportado á un vergel «lleno de rosas y de flores y de otras muchas delicias,» y allí vió al rey en su majestad real, teniendo á sus lados á dos reinas muy nobles y muy dignas: eran el Poder espiritual y el Poder secular, que gimiendo y llorando suplicaban al monarca, que era clérigo mayor, que restableciera la paz entre sus ministros y funcionarios. Carlos les aconseja que nombren cada una un abogado, y estos abogados serán el Clérigo y el Caballero, hombres de hermosa elocuencia y gran saber. Y en efecto, ambos se ponen á discutir y á dialogar «extensa y plenamente, como suelen hacerlo los abogados cuando pleitean.» El Clérigo defiende la supremacía universal del Papado, y el Caballero la independencia de la realeza en la esfera temporal. A esta tesis principal se agregan otras cuestiones eclesiásticas: los diezmos percibidos sobre el clero, los privilegios de clericatura, el poder temporal, la jurisdicción de las oficialidades y la existencia de las órdenes mendicantes. Finalmente, el autor hace discutir á sus personajes todos los problemas políticos y sociales de la época: los derechos del emperador sobre los Estados cristianos, las pretensiones del rey de Inglaterra á la corona de Francia, la confiscación por el rey de Francia del ducado de Bretaña, la instrucción de los príncipes, los escudos de armas, el duelo judicial, la condición de los judíos y la legitimidad de la usura, de la poligamia y de la astrología. Todo se debate allí con gran erudición: el *Digesto*, las *Decretales*, los comentarios del derecho civil y del derecho canónico, los padres de la Iglesia, Aristóteles y una porción de obras teológicas, jurídicas y filosóficas han proporcionado al autor abundantes materiales.

Honorato Bonet, otro escritor político, monje de l'Île-Barbe, cerca de Lyon, establecióse á fines del siglo en París, en la casa de la Tournelle, ocupada en otro tiempo por Juan de Meun, cuyo recuerdo le inspiró una

composición extraña en forma de sueño, mitad en verso y mitad en prosa, la *Aparición de Juan de Meun*, en la que critica vivamente á los clérigos, á los nobles y á los mercaderes, y recomienda sobre todo que para la defensa del reino se arme no á los nobles, sino á los aldeanos. El *Arbol de las batallas* trata de la política, de la guerra y del derecho de gentes en una forma más di-

labradores y á otras gentes que no saben hablar mal ni pensar mal, que trabajan por todas las gentes de estado y de quienes, después de Dios, el papa, los reyes y todos los señores del mundo reciben todo lo que comen, beben y visten. Y ninguno de éstos se preocupa de ellos.»

En el *Libro de hechos de armas y de caballería*, Cristina de Pisán prosigue las ideas de Bonet, añadiendo



Miniatura de las *Crónicas* de Juan Froissart. (Biblioteca municipal de Breslau.)

dáctica: la guerra, en opinión de Bonet, es un medio «de restablecer el acuerdo y la razón;» como medio de paz, viene de Dios, «señor y gobernador soberano de las batallas.» El autor se pregunta si es lícito atacar siempre y sin ningún motivo al sarraceno, y contesta que no, pues «Dios, Nuestro Señor, ha creado todos los bienes de la tierra lo mismo para los buenos que para los malos.» Hasta á los mismos judíos hay que respetar, sea cual sea el mal que hagan; por otra parte, «si ellos nos causan bastante mal, nosotros no les hacemos ningún bien.» La idea sobre la cual insiste más es la de que la guerra no debe ocasionar daño á los que no ejercen profesión guerrera: «En verdad, me appena grandemente ver y oír el gran martirio que las gentes de guerra imponen sin compasión ni gracia á los pobres

les disertaciones técnicas tomadas de Frontino y de Vegetio. Su *Libro de paz*, comenzado en el momento en que se ha desencadenado la guerra civil, en 1412, en el «verdadero ombligo de Francia,» y terminada después de la paz de Pontoise en 1413, le dió ocasión para expresar todas las emociones que le produjeron los disturbios de París y del reino y sus ardientes aspiraciones á la paz, tan difícil de hacer y más difícil aún de conservar.

Todos, estos escritores políticos son moralistas; los vicios y las locuras de la época y el extraño desorden general impulsaban á todos los sabios á moralizar. Oresme tradujo á la vez las *Éticas* y la *Política* de Aristóteles, y en el prólogo de las primeras establece una relación entre ambos tratados, de los que el uno hace los

CAPITULO II

LAS ARTES (2)

I. Los Mecenas y los artistas.—II. La arquitectura.—III. La escultura.—IV. Las artes del color.

I.—Los Mecenas y los artistas (3)

Las artes viéronse poderosamente fomentadas durante el siglo XIV. Los papas de Aviñón, desde Juan XXII á Clemente VII, fueron generosos Mecenas; querían que fuese muy bella su residencia en donde tan dulce era la vida, y como habían perfeccionado los medios de hacer afluir á sus cajas el dinero de la Iglesia, disponían de enormes recursos. Aviñón, cuya vida municipal había sido muy agitada, no era muy rica en monumentos; pero los papas y los cardenales la llenaron de palacios y de iglesias, en el Condado se levantaron numerosos castillos, y la generosidad de aquellos papas franceses se extendió además á sus países de origen, á Marsella, Montpellier, Burdeos, Limoges, la Chaise-Dieu.

Antes del advenimiento de los Valois al trono de Francia, Juan XXII (1314-1334) había mandado ejecutar grandes obras en el palacio que habitaba, en la catedral, en las iglesias y en los conventos de la ciudad, en Sorgues, en Barbantane, en Nove en el Condado. Benedicto XII (1334-1342), que encontró insuficiente el palacio episcopal, aún después de transformado, comenzó aquel extraño Castillo de los Papas, en donde habían de vivir, y en los días de peligro defenderse, sus sucesores hasta fines del siglo, encargando las primeras decoraciones del mismo á un famoso maestro, al más sincero y elegante de los maestros sieneses, Simone di Martino. El fué también quien hizo construir por Juan de París la tumba de Juan XXII, de tan hermosa arquitectura.

Clemente VI fué el más magnífico de los papas de Aviñón. Gran señor y vanidoso, rodeóse de un lujo regio; su corte fué brillante y su esplendor hallábase realzado por las damas. Mandó edificar las partes principa-

mia, de astrología y de medicina, que no tiene el interés ni el valor de aquellas obras. Pero en todas las esferas de la actividad se observan el mismo celo, la misma impaciencia por trabajar y por extender el campo de los conocimientos humanos.

(2) FUENTES.—De Laborde, *Les ducs de Bourgogne*, Preuves, 1849-1852. Dehaisnes, *Documents et extraits concernant l'histoire de l'Art dans la Flandre, l'Artois et l'Hainaut*, 1886. J. Guiffrey, *Inventaires du duc de Berri*.

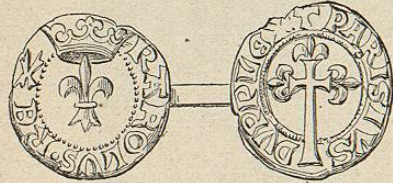
OBRAS DE CONSULTA.—Renán, *Discours sur l'état des Beaux Arts au XIV^e siècle* «Histoire littéraire de la France,» XXIV, 2.^a edición, 1885. Dehaisnes, *Histoire de l'Art dans la Flandre, l'Artois et le Hainaut avant le XV^e siècle*, 1886. Courajod, *Leçons professées à l'École du Louvre*, III, 1901. Gonse, *L'Art gothique*, 1890.

(3) OBRAS DE CONSULTA.—Artículos de E. Müntz sobre las artes en la corte de los papas de Aviñón en las «Mémoires de la Société des Antiquaires de France,» 1885; el «Bulletin monumental,» 1885; la «Gazette archéologique,» 1886, 1887, 1888; la «Revue archéologique,» 1888, 1890; el «Bulletin archéologique du Comité des travaux historiques,» 1888, etc. Faucon, *Notice sur la construction de l'église de la Chaise-Dieu*, «Bulletin archéologique,» 1885. Champollion, *Louis et Charles ducs d'Orléans*, 1844. De Champeaux et Gauchery, *Les travaux d'art exécutés par Jean de France, duc de Berri*, 1894.

hombres buenos y el otro los buenos príncipes. También moralizan Jacobo le Grand en su *Libro de las buenas costumbres*, y Cristina de Pisán en el *Cuerpo de Policia*, en el *Libro*, en el *Tesoro de la Ciudad de las Damas*, en donde enseña la virtud á los príncipes, á los caballeros, á las damas, á «la universidad y á todo el pueblo.»

Dos curiosas obras de educación se compusieron en el siglo XIV; una de ellas la escribió micer Godofredo de la Tour-Landri, que, por ser caballero, pudo pagar á dos escribientes para que le buscasen historias en la Biblia y en otras partes, si bien añadiendo por fortuna á esa erudición ejemplos y hechos sacados de la vida contemporánea que constituyen el interés de sus lecciones de «cortesía» y de moral. La otra, de mayor valor, es el *Casero de París*.

El ciudadano que redactó este libro hacia fines del



Moneda de Carlos VI

siglo es un hombre de buen sentido, inteligente y de corazón, que expresa sólidos pensamientos en buen estilo sencillo. No es que sea un ignorante; por el contrario, ha leído mucho, pero es menos pedante que los otros moralistas de su tiempo. De condición acomodada, su casa estaba bien montada y dotada de muchas comodidades. Si pudiera tomarse como tipo de la clase media escogida, sería preciso confesar que esta clase media tiene un concepto de la vida más sencillo, más justo, más elevado que el gran mundo con su cortesía artificial. Hombre de edad madura, casado con mujer muy joven y de más alta alcurnia que él, la llama modestamente «querida hermana.» Sus consejos no son los de un vejstorio alarmado por la juventud y envidioso de los placeres de su esposa, sino los de un amigo viejo que habla como hombre de experiencia. Trata extensamente de la confesión, de los siete pecados capitales, á los que opone, por una antítesis familiar en la Edad media, las siete virtudes cardinales. También este autor acompaña sus preceptos con ejemplos, pero bien escogidos y narrados sin pretensiones, con cierta malicia; son anécdotas, sencillas en su mayor parte, recuerdos personales, y luego dos verdaderas novelitas, que entonces agradaban mucho, la historia de *Griselidis* y la novela *Melibeo y Prudencia*. Transcribe además íntegro el poema moral de Jacobo Bruant, el *Caminio de Pobreza y de Riqueza*, y dedica luego un capítulo á los cuidados del hogar, en el que enseña con perfecta competencia la manera como una mujer experta debe tratar á sus criados, hacer la compra, dirigir la cocina, combinar las comidas y cuidar el jardín. Un corto tratado de montería pone fin al *Casero*, el libro más curioso de la literatura moral del siglo XIV (1).

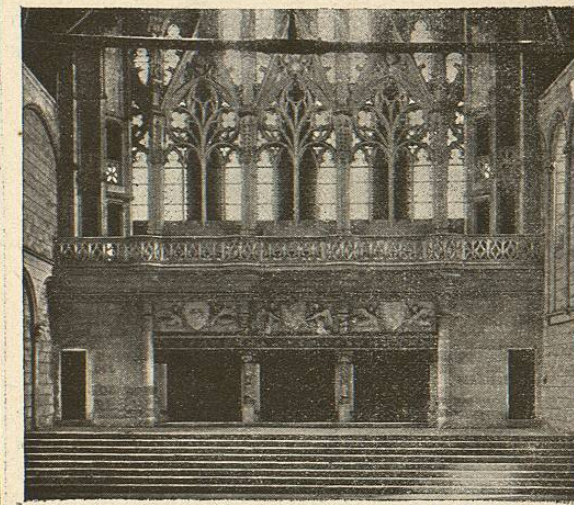
(1) Estas son sólo las obras más salientes, las que mejor dan á conocer las ideas, la sociedad y las formas literarias. Al lado de ellas se ha desarrollado una vasta literatura técnica de derecho, de arte militar, de montería, de agricultura, de música, de alqui-

les del palacio pontificio, la fachada occidental, la sala del Consistorio, la torre de San Juan, y para iluminar las majestuosas paredes del edificio Simone di Martino y sus discípulos, Matteo di Giovanetto de Viterbo y Simonet de Lyon, ayudados por toda una pléyade de artistas italianos y franceses, pintaron el primero en la capilla de San Juan y los otros en las capillas de San Marcial y de San Miguel y en la sala del Consistorio, grandes frescos en los que todavía se admiran los personajes de expresivas figuras, las ricas y pesadas telas y los paisajes complicados en un reflejo de oro amarillo y de azul ultramarino. Varios cinceladores italianos empleados en el palacio, como Marco di Lando, y muchos orífices de Aviñón y hasta de París trabajaron en el mobiliario artístico. El papa, agradecido á la abadía de la Chaise-Dieu, en Auvernia, en donde había pasado largos y piadosos años, la dotó de una vasta iglesia, cuya construcción fué dirigida por el arquitecto Hugo Morel y otros dos maestros auverneses; y á pesar de la crudeza del clima, vióse en el período de pocos años alzarse aquella larga nave de robustas columnas sin capiteles, pobremente iluminada por estrechas aberturas practicadas en espesas paredes, y cuya austeridad armoniza tan bien con la tristeza de aquellas soledades. Clemente VI envió dos veces á la Chaise-Dieu á su pintor favorito Mateo de Viterbo; quería que la iglesia de aquella abadía fuera el marco grandioso de un monumento elevado á su propia gloria y al honor de los suyos, porque sentía por sus parientes y por sus compatriotas del Lemosín un cariño sin límites, habiendo declarado á su advenimiento, según se dice, que plantaría en la iglesia de Dios un rosal de Lemosín, que aun después de pasados cien años tendría raíces y botones. Su sepulcro había de ser el símbolo de aquel nepotismo triunfante: lo mandó empezar en Aviñón en 1346 y transportar á la Chaise-Dieu en 1351; sobre una losa de mármol negro yacía la efigie del papa, con los pies apoyados en unos leones y la cabeza en una almohada, y ceñida la tiara de las tres coronas; á su alrededor agrupábanse «á modo de guardia de honor cuarenta y cuatro personajes, cardenales, arzobispos, obispos, barones y nobles damas, todos, excepción hecha de dos ó tres, parientes en diversos grados del pontífice (1).» Un marco de extraordinaria riqueza rodeaba aquel monumento, del que hoy sólo se conservan algunos restos. El papa tuvo la satisfacción de verlo terminado; y en la primavera de 1353, un suntuoso cortejo, presidido por cinco cardenales de su familia, condujo á la Chaise-Dieu el cuerpo de Clemente VI cosido en una piel de alce, y lo depositó en la tumba que lo esperaba. Aquel lujo y aquellas aficiones no desaparecieron con Clemente VI, sino que hasta los últimos días del papado de Aviñón los maestros del arte francés é italiano encontraron cerca de aquellos pontífices generosa hospitalidad y recibieron de ellos importantes encargos.

Más aún que á los jefes y príncipes de la Iglesia es deudor el arte del siglo XIV de una protección eficaz á los reyes, á los príncipes, á los ricos señores y á la clase media acomodada. Los Valois se transmitieron unos á otros el gusto de lo bello: Juan el Bueno fué un añ-

cionado más ilustrado que Felipe VI, y los hijos de Juan el Bueno, Carlos V (2), los duques de Anjou, de Berri y de Borgoña, dejaron en este punto atrás á su padre; y en la tercera generación, Luis de Orleans, á pesar de contar con menos recursos, halló modo de sobrepasar á su padre Carlos V.

El aficionado más entusiasta, el que mejor puede dar idea de los gustos magníficos de aquella época fué Juan de Berri, cuya generosa influencia nos es dado conocer por sus inventarios y por algunas de las hermosas obras que encargó. Juan de Berri vivió setenta y seis años



Chimenea monumental de la sala de los guardias del palacio de Poitiers

(1340-1416); prefirió, como Carlos V, los placeres de la inteligencia á los de la caballería, y tuvo habilidad para adquirir y sobre todo para hacerse otorgar vastos dominios, rentas y grandes donaciones en frutos y en dinero, á todo lo cual aún añadía lo que le reportaban sus terribles exacciones sobre sus propias tierras y sobre las que el rey le daba á administrar. Gracias á esto pudo hacer trabajar á todo un ejército de artistas. Tenía á su servicio varios orífices y estaba además en relaciones con más de cuarenta orífices ó mercaderes de orfebrería de París, con orífices de Bourges, Tours y Limoges y con mercaderes italianos de Génova, Florencia y Venecia, y daba trabajo á talladores y grabadores de piedras finas y á bordadores. Andrés Beauneveu era maestro de sus obras de talla y de pintura, y otros grandes pintores, como Jacquemart de Hesdin, Pol de Limbourg y sus hermanos fueron por él llamados; mantenía á arquitectos y á maestros albañiles y carpinteros; para él trabajaban varios escultores el alabastro, la madera y la piedra, y por orden suya excelentes vidrieros ejecutaban grandes obras de cristalería. Una fábrica especial hacía los hermosos ladrillos de tonos irisados que adornan el palacio de Poitiers, y en Italia se compraban modelos de muebles de taracea que luego eran imitados por obreros italianos ó franceses.

Ningún otro príncipe del siglo XIV emprendió tantas construcciones de toda especie: transformó su castillo de Mehun-sur-Yèvre, que convirtió en «una de las más bellas residencias del mundo;» reconstruyó en Sologne

(1) Faucon, *Notice sur la construction de l'église de la Chaise-Dieu*, «Bulletin archéologique,» 1885, pág. 418.

(2) Véase pág. 478.